

ALBUM DE SEÑORITAS

CORREO DE LA MODA.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

INSTRUCCION.

HISTORIA DE LA MUJER.

Lui-Tseu.

Los descubrimientos, las invenciones, los verdaderos milagros de la ciencia, de la industria y de las artes, son tambien, como el valor, la hermosura y la virtud, patrimonio de la mujer.

Sin abandonar la antigüedad de que nos vamos ocupando, remontándonos en ella, y trasladándonos á uno de los límites del mundo, al imperio que está hoy justamente llamando la atencion de todos, á pesar de ser de todos desconocido, á la China, en fin, hallaremos en su historia impresa, gloriosas páginas consagradas á Lui-Tseu, esposa de Hoang-ti, que significa el emperador amarillo, y fué soberano del Celeste Imperio.

La China, que ha sido indudablemente la cuna de la civilizacion y del saber, se hallaba en el reinado de Lui-Tseu en un estado de envidiable prosperidad. Esto era diez y siete siglos y medio antes de

la venida de Jesucristo, y á pesar de tal fecha, leemos en los antiguos historiadores chinos, que aquellos dos amantes soberanos llevaron hasta un grado increíble la civilizacion del Imperio.

Pero concretándonos á Lui-Tseu, la veremos celebrada por haber descubierto el modo de criar los gusanos de seda con la hoja de la morera, é inventado el arte de hilar y tejer la seda, completando, segun algunos, el embellecimiento de las telas, bordándolas.

Tal fué la importancia de ese descubrimiento, que bien pronto fué llevado á la Persia y á la India: dos monjes le llevaron á Constantinopla, en tiempo de Justiniano, y en el siglo XII, Rogerio, rey de las Dos-Sicilias, le trajo á España, donde desde luego fué un ramo de industria de los mas productivos.

Pero dispensándonos esta digresion en obsequio de la importancia del asunto para nuestras lectoras, diremos respecto á Lui-Tseu, lo que una ilustrada escritora francesa, ocupándose de la célebre china, y de su invento, que califica de un servicio que las mujeres no deben olvidar, porque la seda no es uno de los objetos menos preciosos de su ador-

no; y si bien es cierto que favorece el lujo, no puede ni debe mirarse este descubrimiento como funesto á las costumbres, pues sirve para ejercitar la industria y la actividad, y es un recurso en muchos países para un gran número de mujeres, que hallan su subsistencia en tan útil ocupacion.

Razon tiene la ilustre defensora de su sexo. Visítense las poblaciones manufactureras de la seda, y se verá lo que se debe á Lui-Tseu: se comprenderá el portentoso milagro de la ciencia, dando un valor tan grande á lo que nada sería sin el génio de la mujer.

Nosotros hemos visto centenares de mujeres, formando con los hilos de seda preciosas telas, y ricas y costosisimas blondas; y hoy, cuando vemos esas caprichosas piezas, cuya fabricacion nos asombra, no podemos menos de dedicar un recuerdo á la sábia china, á quien tanto debe el lujo, el buen gusto y la humanidad, por ser la de la seda una de las artes mas productivas, y de la que subsisten tantos millares de familias.

La historia de Lui-Tseu, como la de otras mujeres á quienes se deben invenciones y descubrimientos, son la mejor contradiccion que puede darse á Voltaire, ese célebre censor de todo lo mas sagrado, en opinion del cual nada inventan las mujeres.

No es ocasion oportuna reseñar aquí todas las invenciones que se deben á la mujer, pues hasta la guerra la debe ideas magníficas; nos reservamos esta tarea para emprenderla por completo; mas diremos en tanto para su loa, que su sola presencia inspira y crea. Fornerina creó un pincel sublime; Laura un poeta envidiable. La sonrisa de la mujer ha si-

do para algunos hombres el dedo de la Providencia: una y otra hacen brotar el génio.

Para terminar, diremos: que debiendo la China una gran parte de su prosperidad á la seda, y por con-iguiente á Lui-Tseu, fué colocada despues de su muerte en el número de las divinidades, venerándola los chinos bajo el nombre de ESPÍRITU DE LAS MORERAS Y LOS GUSANOS DE SEDA.

Y no iban por cierto muy descaminados en divinizar á quien les legaba una riqueza tan grande, una industria imprecadera. Mas digna del apoteosis es la persona que deja á la posteridad un venero de bienes, que el héroe que conquista laureles ensangrentados, dejando en en pos de sí la desolacion y el estermínio.

Lui-Tseu adquirió, pues, una justa celebridad, y ocupa un lugar preferente en la historia de las artes y de la humanidad; porque una y otra le debieron beneficios como mujer sábia y como emperatriz, contribuyendo no poco al esplendor de un imperio que recuerda su época como una de las mas brillantes de su historia.

Justo, debido es, que consignemos aquí su nombre, como digno tributo rendido á la mujer, para la que nada hay de extraño.

A. Pirala.

LITERATURA.

NO PUEDO SUSPIRAR.

Quiero arrancar del seno,
de pena consumido,
un trémulo gemido
de amor y de pesar;

Y es tanta la congoja
que oprime mi garganta,
que, aun con angustia tanta,
no puedo suspirar.

Agitase mi alma
en un mar de dolores,
que vienen punzadores
mi pecho á lacerar:

Abrasan mi cerebro
memorias de otros dias....
y en tantas agonias
ni aun puedo suspirar.

Si con un ¡ay! pudiera,
sentido y elocuente,
del corazon doliente
las ansias revelar

Al que inocente causa
es de mis sufrimientos....
Pero por mas tormentos
ni aun puedo suspirar.

¿Y he de callar lo inmenso
del sufrimiento mio?
¿Callar mi desvario,
mi intenso amor callar?

¿Callar que de su ausencia
la idea me devora,
porque aunque el alma llora,
no puedo suspirar!

¿Callar que al ver mis ojos
sus lánguidas pupilas,
dulcísimas, tranquilas,
mi rostro contemplar,

Y que cuando su mano
se enlaza con la mia,
á fuer de mi alegría
no puedo suspirar!

¿Callar que es de mi vida
la dicha y el tormento?
¿Callar que me alimento
de amor y de pesar?

Porque es su amor mi gloria,
perderle mi delirio,
y que por mas martirio
ni aun puedo suspirar!

¡Ay! si: callar es fuerza
zozobras y temores:
placeres y dolores
forzoso sepultar

En el mas hondo seno
del corazon herido,
porque mi suerte ha sido
sufrir sin *suspirar.*

Pero antes que se aleje,
¡pobre corazon mio!
sepa que su desvio
tu muerte va á causar,

Pues que vivir no puedes
donde su amor te deja,
aun cuando en són de queja
no te oiga *suspirar.*

Sepa.... mas no, reserva
tú, corazon, tus cuitas:
mis ansias infinitas
yo le sabré ocultar.

Ignore que morimos
porque él sea dichoso...
no turbe su reposo
tu triste *suspirar.*

Ignore... ¡Oh! no, que es triste,
cuando en ardiente pira
el corazon espira,
su angustia no espresar.

Sepa por fin mis penas
quien causa mi tormento....
mas ¡ay! me falta aliento,
no puedo suspirar.

VICENTA GARCÍA MIRANDA.

Febrero de 1853.

EL ANIMA SOLA.

Novela original de

Doña Probustiana Armiño de Cuesta.

(Continuacion.)

Azucena estaba casi trastornada. La idea
de su miseria, y la de poder tan fácilmente

librar á su abuela del frio y del hambre; la nobleza con que D. Félix se sujetaba á cobrar el empréstito, por no herir su delicadeza, todo esto junto la conmovia y seducia como un sortilejio, en tanto que su conciencia severa y punzante le gritaba: *No, no.*

—No, no, repitió ella, imposible, señor... yo no puedo... yo no debo tomar este dinero: y alargaba ya el bolsillo á D. Félix cuando apareció en la puerta del salon el ama de gobierno, que al distinguir á la muchacha, tomó sin poderse contener la apariencia de una hiena.

D. Félix se sonrió, y exclamó afectando jovialidad

—Bravo! la conspiracion ha salido fallida... vamos, vamos, está visto que no pueden guardarse secretos con las mujeres.

—No os comprendo, señor, balbuceó doña Juliana esforzándose por explicar la presencia de Azucena en el salon, ¿de qué secretos?...

—Secretos! no existen ya, señora; queria proporcionaros una sorpresa, y tiró el diablo de la manta. Ahí teneis, añadió señalando al sofá, el vestido que os habia mandado hacer para ir á los toros, y que esta jóven acaba de traer en este momento.

—Para mí? exclamó doña Juliana levantando en sus manos el vestido que tanto habia ambicionado, ¿para mí? Hola, Azucenita! añadió acariciando á la muchacha, miren Vds. cómo lo han llamado!.... Vamos, señor, que no podia yo soñar un traje mas de mi gusto.

—Podeis retiraros, niña, dijo D. Félix, ansioso de que Azucena aceptase por fin el bolsillo, está lloviendo y teneis que ir bastante lejos.

Azucena no habia comprendido una sola sílaba de lo que D. Félix y el ama acababan de hablar; abismada en mil reflexiones, os-

tigada por su conciencia que le hacia ver en aquel dinero el precio del delito, estaba mas dispuesta que nunca á devolver al libertino su deslumbrador empréstito, ¿pero cómo hacerlo? ¿Qué pensaria doña Juliana si la veia entregar el bolsillo? ¿No era fácil que aquella accion, aunque de las mas dignas, hiciese brotar sospechas que empañasen su reputacion intachable hasta entonces?

Estas reflexiones fueron la causa de su distraccion, de la que salió avergonzada al oir la voz de D. Félix que la ordenaba marchar. Tomó la canastilla en que habia traído el vestido y dió algunos pasos despidiéndose para salir, pero la idea del oro la volvió á detener.

Azucena luchaba con valor contra la repugnante vergüenza que sentia al entregar el dinero á vista del ama de gobierno; pero sin embargo, cada vez se sentia mas fuerte. Ya estaba próxima á vencer, cuando la lluvia vino á herir con furia los cristales de las ventanas.

Entones tembló. Acababa de pasar por su cerebro una idea desconocida... el demonio habia venido en alas de la tempestad á inclinar la balanza. La jóven echó una mirada á su calzado endeble y descosido, sobre su vestido raído y apiezado, débiles medios de contrarrestar la lluvia que en aquel momento caia á torrentes, miró á doña Juliana resguardada del frio por su buen vestido y su doble calzado, y á cubierto del agua, por su paraguas de seda verde que acababa de traer de la calle, y cansada de arrastrar una existencia tan diferente, cedió por un momento á la tentacion, y dejó caer en su faltriquera el bolsillo lleno de oro, murmurando á media voz:

—Tambien nosotras tendremos abrigo y comodidades como tú; sea!

Toda esta lucha habia sido tan rápida, que ni Salazar ni el ama se apercibieron de

las alteraciones que habian pasado por aquel semblante angélico.

Azucena salió precipitadamente del salon y bajó las escaleras con la velocidad del que camina sobre fuego.

—Qué hermosa es! quedó murmurando D. Félix, pero... añadió con amargura al quedarse solo, ¿es posible que yo haya de empañar esa frente de ángel? ¿Habré de esponer á esta inocente criatura á la befa de mis amigos? No... imposible... pero ¿y mi vida entera de desórdenes? ¿y mi reputacion de calavera á tanta costa y tan legítimamente ganada?... es preciso... es preciso hacerlo, aunque para conservarla haga pedazos mi corazon.

VII.

La lucha de los ángeles.

Azucena atravesó las calles encharcadas de la ciudad como una paloma perseguida por el cazador. Su agitacion no la permitia reparar en su frágil calzado ni en la lluvia que inundaba su cabeza. Calada de agua y azotada por la tempestad, llegó en pocos momentos al taller de la Gitana, á quien entregó el importe de la cuenta y le pidió permiso para retirarse á casa, pues que sin duda á causa de su mal abrigo, sentia en aquel instante grandes calofrios.

Bien que la agitacion de Azucena diera en qué pensar á la ducha Gitana, ó bien que mirára tan solo la miserable situacion de aquella infeliz criatura; no pudo menos de compadecerse de ella, la mas honrada, pero la mas pobre de sus jóvenes costureras.

La Gitana le concedió su permiso y la joven marchó á toda prisa. Un coro de insultantes carcajadas salió del taller; eran las compañeras de Azucena que se reian de su vestido pobre y calado de agua.

—Despues de todo, dijo para sí aquella

alma de justo al oir las risotadas de sus compañeras; merezco el sarcasmo, la burla... el oprobio, porque aunque no lo saben he tomado el oro que envilece, para ocultar la pobreza que honra... Ah! no! no tocaré este dinero aunque hubiese de morir de hambre.

Abochornada de haber cedido, aunque por pocos instantes á la tentacion, Azucena apresuró el paso ansiosa de desahogar en el pecho de su abuela su agitacion y de confesarla la lucha de que acababa de salir vencedora, cuando al desembocar por la callejuela en que estaba sumida su miserable habitacion, se paró de repente, palideció y estuvo á punto de caer sin conocimiento.

(Se continuará.)

MES DE JULIO.

Cualquiera cosa que quisiera deciros, amables lectoras, relativamente al mes de Julio, ó no la comprendereis, ó bien por muy sabida os será enojoso leerla. Suponiendo que á estas horas habeis emigrado de Madrid, y que vereis mi artículo bajo el frondoso arbolado del jardin, donde no hace calor, ¿qué podré yo contaros sobre el gorjeo del ruiseñor, el perfume de las flores, el murmullo de las auras, la cristalina corriente del riachuelo, el fresco verdor de la enramada, el pintado panorama de los montes, ¿qué diré de semejante poética algarrabía que vosotras no sepais? Y qué si escribo sobre Madrid, sus abrasadores calores y sus desiertos coliseos? Entonces de seguro os quedareis en ayunas, porque como no sufris este purgatorio, no podeis comprenderme; sin embargo, para que no os asombre si algun año teneis la desgracia de quedaros prisioneras en la Corte durante la canícula, voy

á daros una sucinta idea de lo que es esto, con lo cual podreis comparar vuestra actual felicidad al gozar del campo, y me dispensareis que me ocure de los que nos quedamos, en gracia del placer de contar nuestra desventura.

El mes de Julio en Madrid no tiene mas horas para vivir que las en que se duerme; por manera que no se vive: al anochecer empieza á correr la fresca, excepto alguna que otra noche en que la atmósfera pesa sobre nosotros como una nube de fuego. Aquí no hay mas recurso que contentarse con la sombra de los jardines del Retiro ó de la Fuente Castellana; pero como para llegar á dicha sombra es menester pasar mucho sol, se convierte en ilusion el recurso, y respecto de baños no tenemos otros que los modestos y cenagosos charcos del Manzanares, pues si bien los hay dentro de Madrid, no son baños, que son coladas.

Recorred el triste cuadro que acabo de pintaros, y decidme si esto es vida; sin embargo, falta pintar el sainete de la funcion diaria, y es la concurrencia al Prado por la noche. ¡Oh, el Prado! exclaman muchos, es el único goce de Madrid en el verano, y sabeis lo que es el Prado en este tiempo; no el salon que visitais en invierno, sino un infierno, donde se pascan muchos envueltos en una nube de polvo, haciéndose la ilusion de que toman el freseo, donde reina una confusa griteria, producida por los chiquillos de ambos sexos que van allí á jugar, y por el pregonar de los aguadores, y donde una desafinada orquesta de arpas y violines toca lo que nadie conoce, formando el total una armonía que no hay tímpano que la resista.

No quiero cansaros mas con el relato de las comodidades veraniegas de Madrid; este mes lo dedico para la capital de España, el que viene me ocuparé de vuestros campos y

jardines, y os anunciaré lo que corresponde para la salida de la Canícula.

E. de Tamarit.

VARIEDADES.

ESCENAS DEL OTRO MUNDO.

IV.

Otro mes bastó para que el diablo se cansara de estudiar la corte; encontró tales contradicciones, oyó tantas y tan singulares cosas, que en su revuelta cabeza no le fué posible organizar un párrafo para Satan; aburrido por este contratiempo, y temeroso de perder la plaza de embajador, tanto mas, cuanto que, como ya he dicho, estaba enamorado, resolvió encargar este trabajo á cualquiera escritor pobre, con lo cual se luciria, mediante el ingenio ageno, y mantendria su puesto y reputacion con la esperiencia de otros, idea que solo le ocurre al diablo; sin embargo de que hay dudas si fué suya ó ya la habia adivinado en otros, lo cierto es, que así lo hizo, y como pocos escritores son ricos, fácilmente encontró quien escribiera para él, entre tantos como escriben para el diablo; por manera, que el embajador del infierno remitió á Satan la siguiente epistola, redactada por uno de sus colaboradores.

Señor:

« Madrid es el centro comun de lo que por acá se llama *ilustrada y elegante sociedad*: hasta ahora no he visto mas que lujo, riqueza, felicidad y alegría; por dó quiera el espectáculo que ofrece esta sociedad, es tan rico y hermoso, que me hace dudar si ha llegado el siglo de oro de que tanto hablan los poetas: he concurrido á paseos, y solo he visto lucidos carruajes y

ricos trajes de seda, he frecuentado aristocráticos bailes y conciertos; en fin, he recorrido por todos sus límites la *elegante sociedad*, y me he admirado al ver tanta felicidad acumulada, ¡cuánto adorno! ¡cuánta comodidad! Aquí todos sonríen, todos se besan y abrazan, todos se aman y reina la mas perfecta armonía; en Madrid, tal como se vé, nadie sufre, ni hay privaciones de ningún género, sobra dinero para emplearlo en diges; los espectáculos públicos, á pesar de ser muchos, no bastan á contener los espectadores, por manera que todo es abundancia y suntuosidad.

Al leer las anteriores líneas creereis que poco ó nada podremos esplotar este país; pero yo, que poseo la facultad sobrenatural de leer en los corazones ⁽¹⁾, puedo deciros que nada de cuanto acabo de relatar es verdadero; aquella paz, aquellos besos, y aun aquellas riquezas son mentiras, ficción y miseria; yo mismo estoy admirado al ver semejante infierno en medio de lo que parece un cielo; mi libro verde está ya lleno, y no sé qué apuntar en él, puesto que pocos son los miembros de la sociedad en cuestión que no reúnen méritos bastantes para ser admitidos en vuestro reino; y digo esto, porque todos aquellos placeres y aquellas riquezas son patrimonio especial de los individuos mas inútiles, egoistas y orgullosos, y que si bien los goces de que están en posesión son legítimos, sin embargo, mientras que haya pobres que llamen á su puerta, jornaleros sin trabajo, familias pereciendo de hambre en las buhardillas, hospitales á quienes se da una limosna, pero á los que no querrá ir ninguno de los que la dan, tal se diferencian de sus ricas moradas; mientras que exista

este contraste, resultado del lujo aparente que mina las clases media y elevada, existirán tambien millares de seres victimas del ciego egoismo de sus hermanos; y con semejantes precedentes, repito, os ofrezco que no será infructuosa mi embajada y la de los demas enviados á la tierra.

A otro menos práctico que yo, le parecería imposible que entre una sociedad tan deslumbradora pueda existir un mal tan infinito y se encierre el germen de tanta desgracia: afortunadamente para nuestro provecho, es cierto, y en las diferentes ocasiones que me he lanzado á la Puerta del Sol, sitio público de Madrid, semejante á la Laguna Estigia de nuestro país, por donde todos pasan, he contemplado una multitud compuesta de ricos y pobres, de hombres elegantemente vestidos, y otros cubiertos de andrajos; pero examinados todos interiormente, no he visto mas que intereses egoistas, pasiones encontradas, apetitos contrarios y enemigos comunes; todavía ando buscando un hombre feliz en cuyo semblante no se marquen la espresion de un deseo ó de un disgusto.

Insensiblemente me he separado del objeto principal que me propuse, pero en mi próxima carta, haré una reseña de lo que son las madrileñas, segun ofrecí, para que me digais, señor, en vista de sus inclinaciones porque lado he de tentarlas. »

El Diablo

Siendo mi propósito seguir la correspondencia del personage que nos ocupa, en otro número os daré otra carta, dedicada especialmente al bello sexo. La anterior solo nos prueba que el infierno de Madrid nada tiene que envidiar al de Pluton y Proserpina.

Emilio de Tamarit.

(1) No debe olvidarse que era un diablillo escritor el autor de la carta.

Esplicacion del Figurin.

Fig. 1.ª Sombrerito á lo Pastora, de paja suiza chinesca. Este sombrero se compone de una sola pieza, sin mas copa que un hueco ó concavidad que forma la disposicion de la paja. El forro es de crespon, cuyo rizado parte del centro, como una aureola; un ruló de cinta guarnece lo interior. Las cintas están adornadas en su parte superior de rizados de blondas, teniendo en su centro tres botones de rosa en cada lado.

El pelo forma la raya en punta en medio de la frente, dividiéndose en dos bandós huecos.

Canesú de muselina, alto, abotonado por delante y plegado á lo largo de alto á bajo. Un encaje termina el cuello, y las mangas, que son cortas y huecas.

Vestido interior de muselina blanca lisa.

Falda de tafetan verde á cuadros menuditos, del mismo color. Esta falda se compone de cinco paños, que van fruncidos á una cintura muy baja, y que no se cosen uno á otro mas que como dos centímetros mas abajo de la cintura; se sujetan de trecho en trecho por tiras de terciopelo, en las cuales se colocan lazos pequeños con puntas: el primero es sencillo, despues van aumentándose progresivamente las caidas, primero dos, luego tres, y así sucesivamente, repitiéndose la misma disposicion en todos los paños. Dos tirantes dobles, compuestos de tiras de tafetan al biés, guarnecen el cuerpo: estrechos en las estremidades ensanchan en el hombro, en el que llevan un lazo de terciopelo. El del tirante inferior deja caer tres puntas sobre la manga.

Fig. 2.ª Sombrero de tafetan con listas de paja, y flores, blondas y cintas.

Manteleta-berta de tafetan, bordada de seda del mismo color.

Esta manteleta, escotada en cuadrado por delante y por detrás, va abrochada por delante. Se compone de dos órdenes, el primero forma berta y baja por delante en punta cuadrada, el segundo sobresale como una cuarta y corre en redondo por detrás. Una blonda ancha termina la manteleta, cuyos contornos van guarnecidos de otra mas estrecha.

Vestido de barés guarnecido de cinta, sin rizar; el cuerpo es liso, la cintura baja; anudada adelante y cayendo las puntas del cinturón hasta el primer volante.

Las mangas, cortadas al hilo, son dobles. La exterior, de forma pagoda, no baja mas que hasta el principio del antebrazo: está forrada de tul para que tenga un poco de consistencia. La interior, un poco ancha, va fruncida á un puño de cinta, y sobre este puño se coloca un lazo: este encaje estrecho cae sobre la mano.

La falda lleva cinco paños, y va guarnecida de tres volantes que tienen siete.

Camiseta de tul, bordada, y guarnecida de un encaje que *forma cuello* y pechera.

La estension de esta esplicacion nos dispensa de ocuparnos mas detalladamente de Modas por hoy; solamente recomendaremos á nuestras lectoras el uso del barés, guarnecido simplemente de cinta lisa, como de muy buen gusto para un traje sencillo, fresco y elegante.

Aurora.



LE MONITEUR DE LA MODE

Modes de M^{lles} Bübler sœurs, r. Richelieu, 28 bis. Fleurs de Camille Duebateau, r. St. Marc, 19. Mantle de la Maison Delisle, r. St. Anne et r. de Choiseul. Coiffette de M^{lle} Nathalie (M^{me} Huohoz) r. Richelieu, 39. Dentelles de Cambrai. Corsets de M^{me} Clémence, rue du Port Mahon, 8. Parfums de Begrand r. St. Honoré, 39. Etroffes des Villes de France. Bijoux en Chêne de Bonoumier, et C^{ie}, rue du Veq. St. Honoré, 9.

Paris, Rue Richelieu, 92.

LONDON at the Monitor Office, 15, Greek Street Soho. ST. PETERSBOURG E. J. Bolland et C^{ie}. NEW-YORK E. B. Sprague et C^{ie}.

Ayuntamiento de Madrid



